



**Un laboratorio cafetero**

---

# Capítulo I

---

Un sombrero viejo de palma de Iraca atrapaba casi todas las gotas de sudor de su frente dejando escapar solo unas cuantas que le bañaban el rostro y bajaban por la ruta más fácil siguiendo la sabia trayectoria que siempre lleva el agua. Algunas le hacían cosquillas en el tabique, llegaban a la punta de la nariz, se sostenían un segundo y saltaban al vacío. El sol de medio día recalentaba todo lo que no estaba cubierto por el sombrero y ya su cuerpo, que en los últimos años era el de un estudiante de Ingeniería eléctrica citadino, se aclimatava de nuevo a sus orígenes: La Tierra, así con mayúscula, las montañas, el ganado pastoreando, los grillos con su zumbido constante, el cafeto florecido, las dormilonas y los cadillos, los racimos de plátano en los corredores, el olor de la leche recién ordeñada, de la cereza del café descompuesta y la boñiga fresca de las bestias.



El recorrido de varias horas sobre mulas —las que se usaban para sacar el café, los caballos de la fincaeran del mayordomo, que no era muy amistoso— les había confirmado lo que pensaron cuando, desde la carretera, iban viendo los cafetales envejecidos y enmontados. Una parte estaba sembrada en variedad pajarito y la otra en maragojo. Se veía muy bonita la finca porque estas dos variedades, sobre todo la segunda, son altas y frondosas, pero los palos eran viejos y ya se iban imaginando lo que era coger los granos de cafetostan altos. En definitiva, la finca estaba lejos de sus mejores días, pero al terminar de recorrer la parte más cercana de las 170 hectáreas de terreno de su papá, Gabriel dio otra mirada larga y ya no vio los palos viejos, sino el potencial de esa tierra que acababa de comprar don Miguel para escapar de un mal socio. También se acordó de la muchacha que vio extendiendo la ropa en la casa de un caficultor vecino. Su figura femenina y su sonrisa luminosa. Sin saberlo, había visto por primera vez a la mujer que muy pronto sería su esposa: Nubia.

Sentados sobre una banca de madera rústica en el corredor de la casa campesina del agregado que les había preparado las mulas y ahora les daba agua y alimento, llegaron al tema espinoso.

—Hay que salir de él —dijeron casi al unísono mientras les entregaban dos cafés endulzados con panela. Gabriel, el hijo, siguió. -Primero porque no hay cómo pagarle ahora, y segundo, porque tiene esto aquí vuelto nada. Ahorita mismo que conté el ganado, vi que faltaba un animal, y él empeñado en que no, que ahí estaban todos. Como si uno fuera pendejo y no se hubiera criado en el monte. Pensaré que somos bobos.

—Pero mijo, hay que hacer todo con maña, dicen que el hombre es peligroso, que fue guerrillero —respondió Miguel, el papá.

—Peligroso o no, esta finca ya es de nosotros y ese tipo no nos sirve. Yo no me voy a dejar amedrentar —replicó con voz y mirada seguras el hijo, un poco en contraste con la delicadeza que tuvo al tomar la tacita caliente y llevarla a los labios cuidándose de no quemarse.

—Mandémoslo a llamar.

Y a llamarlo mandaron. Y llegó con cara apretada y frente en alto. Hasta ese día, él había sido el dueño de esa tierra. No aparecía en las escrituras ni había desembolsado un peso o dado en trueque otra tierra o unas cabezas de ganado. No, pero ante la ausencia de dueños, él era el mandamás. Afuera, los grillos zumbaban incesantes y agudos, como para ponerle banda sonora a una escena belicosa; hacerle entender a ese hombre hosco de brazos leñosos, que había sido solo gallo fugaz, que ahora sí llegaban los dueños del gallinero a reclamarlo. Se hizo pues esa gestión, sin que faltaran subidas de voz o amenazas disimuladas en palabras cordiales, pero el hombre aceptó o pareció aceptar, a regañadientes, que debía salir de “su” finca y que, como quien dice, para mañana es tarde.

---

# Capítulo II

---

## II

De camino al pueblo, sudados y cansados, Gabriel pasó a otro tema espinoso: el embargo que le había hecho el socio viejo de su papá a la mitad de la tierra y el ganado que compartían y que los dejaba con una deuda de \$275.000 pesos<sup>1</sup>.

—Mijo -comenzó Miguel a contarle —¿No le había contado? Imagínese pues que yo andaba en el Bar Ganadero, en la Playa con Sucre en todo el corazón financiero de Medellín, aburridísimo. Se sentía que la gente estaba hablando a mis espaldas; el mesero me miraba diferente. “Ya se arruinó Don Miguel Mesa”, alcancé a medio oír por ahí atrás, porque Medellín puede ser muy grande ahora y tener muchas empresas y edificios modernos, pero siempre será una villa de chismosos. Estaba pues yo ahí dejándome llevar por el pesimismo, perdiendo el orgullo de ganarme las cosas a pulso y trabajando, haciendo negocios buenos y serios, cuando el negro Martín Emilio Romero vino de no sé dónde y se sentó en la mesa conmigo y me dijo que él se había enterado de cómo me había enredado aquel y que él me tenía solución pal entuerto. No sé por qué, sinceramente. Seguramente porque yo he sido tan serio, o porque él también tuvo su problema con ese ventajoso, pero me ofreció pagar el embargo y que le devolvamos la plata con lo que vaya produciendo la finca, yo no sé si aceptar o seguir a ver si podemos demostrar que todo lo que dice ese socio mío, ¿cuándome dio por meterme en negocios con ese personaje?, es mentira. ¿Qué opinás, Gabriel?

Gabriel opinó con seguridad:

—Definitivamente es mejor un mal arreglo que un buen pleito papá, aprovechemos que con la finca pagamos esa deuda, seguro que sí.

Con esa certeza se fue a la cama ese día y el día en que, durante la noche, comenzaron esos ruidos tan raros. Estaba solo en la casa de La Gurría y lo primero que oyó fue el latir de los perros. Después, voces de hombres hablando fuerte. Más tarde, ruidos de herramienta. Quien fuera que había llegado a esa hora, con ese escándalo, no quería pasar desapercibido. Muy raros esos ladrones escandalosos. Gabriel se levantó y fue al clóset donde guardaba la escopeta que usaba para cazar conejos y guaguas, respiró hondo, se puso un pantalón y ya iba a salir cuando pensó bien las cosas. “Estos lo que quieren es que yo salga. Que yo salga con escopeta en mano, pa matarme”. Frenó y miró por las aberturas de las ventanas de madera en esa oscuridad profunda de las noches del campo sin luna y solo vio, a lo lejos, una lamparita. Le pareció que de allá era que venían las voces de los bandidos, borrachos, quizá, porque hablaban con el desparpajo de los aguardientes interiores. El alboroto venía de allá del monte, donde estaba la rueda Pelton. Como a la hora se oyeron las voces coger de nuevo el camino y alejarse. Gabriel no salió esa noche. Esperó al día siguiente, muy temprano, para ir a ver qué había sido la cosa. La grama estaba húmeda con el rocío de la mañana y él se arrepintió de no haberse puesto las botas en medio del afán por saber qué daño le habían hecho los intrusos. Llegó al sitio de dónde venía el ruido de la noche anterior y encontró que el motor de la rueda Pelton había sido robado. Con la rabia del agraviado volvió a la casa, se bañó muy rápido, se vistió —se puso ahora sí los zapatos— y cogió para la inspección de policía.

—Vengo a denunciar unos bandidos.

—Buenos días señor —le respondió un hombre de ley entrado en carnes, mientras desayunaba en el puesto.

—Buenos días, vengo a denunciar unos bandidos. —Reiteró Gabriel.

—¿A denunciar? —Preguntó el otro mientras se metía a la boca un pedazo de arepa con queso.

---

<sup>1</sup> Algo así como doscientos cincuenta millones de pesos hoy.

—Sí, ayer me robaron en La Gurría y creo que lo que querían era irme a matar. Y yo sé quién fue, o al menos quién mandó a que fueran.

—¿La Gurría? ¿Usted está seguro de lo que está diciendo? —le dice el desayunador como para que pensara bien lo que decía —¿Tiene pruebas?

—No las necesito, yo sé y ya, ¿quién puede hablar conmigo que no tenga media arepa en la boca? —Gritó ya más fuerte, para que lo oyera alguien más. De la oficina a espaldas del policía desayunador salió un tipo recio, de mandíbula cuadrada. Era el Cabo Burgos, con quién tendría después una relación estrecha gracias a el incidente que allí los reunía.

—Buen día, caballero.

Los vecinos de la finca, los agregados y la gente de la vereda lo miraron regresar de la estación de policía con cara de espanto. Como si el espanto fuera él mismo. En ese momento, posiblemente ahora también, los problemas del campo se solucionaban a machete o a plomo, no con la intervención de la justicia. Él iba despacio, espalda recta, mirada firme. Detrás de él iba un grupo de cuatro policías armados, mirando alertas entre asustados y firmes. Solo el que parecía el jefe y Gabriel se veían tranquilos. No se la iban a hacer así. No tenía miedo. No ha tenido miedo a enfrentar bandidos nunca. “Ese no dura ocho días”, dijo una mujer que cargaba un niño barrigón en brazos. “Ahí camina, pero ya le deben estar consiguiendo su pijama de madera”, pensaba un señor de bigote tupido mientras desyerbaba una huerta de cebolla. Pero fueron donde debían ir y encontraron al que debieron encontrar: el Mayordomo. El hombre, que no esperaba la llegada de la ley, estaba recostado en una hamaca, armando un tabaco, tranquilo. Al oír los pasos de la gente que se acercaba, se volteó con parsimonia.

—¿A la orden, señores? —dijo poniendo el tabaco aún sin enrollar en una mesita pequeña que tenía al frente. Cerca de la hamaca, estaba el motor robado. El Cabo Burgos que era nuevo en el pueblo y quería demostrar que la ley era para todos, lo entrevistó y, a pesar de que él negó todo y dijo que no sabía por qué estaba ese motor en su casa, se lo llevó para la estación. El hombre miró a Gabriel con odio visceral y murmuró, muy bajito: “sapo”. El depositario de ese odio ni siquiera se inmutó. Fue a recoger el motor para llevarlo de nuevo a su rueda Pelton.

---

# Capítulo III

---

No lo mataron. Varios años después, con un ventilador de pie desvencijado haciendo un inútil intento por refrescar el bravo calor de un verano cualquiera del suroeste, se le oye contar y entrelazar frases: Cinco, diez, quince, veinte, y cincuenta setenta, ¿qué hubo de la hija tuya, Pepe? Ochenta, noventa y ¿sí se casa? Cien. Ahí está todo, contó otra vez. Me alegra lo de la muchacha, ¿apellido Correa?, seguro te sale bueno ese yerno, esos Correa son gente seria, tomatraguitos, pero serios. Hablamos dentro de ocho días. Román, ¿cómo va todo? Diez, veinte, treinta ¿sí montaron la marranera en la vereda de arriba de donde tu mamá? Cuarenta, y cincuenta noventa, ¿a cómo están pagando el kilo en pie en el pueblo? Y diez, cien. Mil gracias. Y así, todo el día. Pago, tinto, chisme. Al terminar la jornada, y solo en las ocasiones en que los visitantes lo ameritaban, unos tintos con Gabriel o unos aguardientes con Don Miguel.

Este que describo era uno de esos días, un día de pago. Sonaba gangoso un tango desde el parlante hechizo envuelto en cuero que se desprendía del costado de una mula. Don Gabriel se acercó al jumento sonoro y saludó con efusión. Lo saludó también el jinete y el dueño de La Gurría se hizo a un lado para dejar bajar al invitado. Se sentaron en un corredor de la finca y comenzaron a hablar: del próximo alcalde, de unos ladrones de reses que había en otra vereda, del precio del café. Mientras estaban en esas, tomando una taza tras otra de café montañero, seguían llegando trabajadores, extrabajadores y vecinos. Algunos, los que solo iban con un “buenas” y pocas palabras, se apoyaban en la chambrana y saludaban. Otros se sentaban con ellos y se tomaban un café o un aguardiente con Miguel y les contaban de una cosa o de la otra. Ya al final de la tarde, el visitante y los anfitriones mandaron a hacer la última tanda de café y vieron el sol cerca de esconderse detrás de una de las tantas montañas de la región. Una luz rojiza los cubría. El jinete se paró y le dijo a su anfitrión que mejor iba arrancando antes de que lo cogiera la noche Además, agregó jocoso: *Hombre Gabriel, yo siempre que vengo saco la misma conclusión: La Gurría es una finca cualquiera de lunes a sábado, pero los domingos... es una central de inteligencia.* Los amigos se rieron a carcajadas, Gabriel y Miguel entraron a la casa porque la comida ya estaba servida y no les gustaba hacer esperar a su familia.

Lo primero que hicieron después de haber sacado al mayordomo viejo, fue reunir a los agregados de la finca y hablarles con franqueza: “No se preocupen por plata señores, que plata es lo que no hay”, así más o menos se resume la cosa. Pero también para dejarles claro que ideas sí había y muchas. Gabriel tenía entre ceja y ceja una información que oyó un día que fue a vender el poquito café que recogieron esa primera travesía. Que había una nueva variedad, que era un café muy bueno, que rendía más y era más fácil de coger porque los palos eran pequeños. Por eso estaba ese día donde estaba. La mañana era fría y en el alto desde donde se entra a la Granja Esteban Jaramillo de la Federación Nacional de Cafeteros, arribita de Venecia, Antioquia, Gabriel estaba sentado a la mesa de un estadero de carretera tomándose un café y tratando de mirar el horizonte montañoso de Antioquia, adivinando detrás de uno de esos accidentes geográficos que definen a los que habitan esta escarpada región, la ubicación de La Gurría. Ya llevaba varios días capacitándose sobre la variedad Caturra con la ayuda de expertos de la Federación y cada día que pasaba se convencía con más claridad de que ese era el tipo de café que había que sembrar en la finca. El obstáculo, o los obstáculos que se presentaban al frente suyo, porque emprender en agricultura no es fácil, eran:

1. No tenían un peso. De hecho, debían plata.
2. No querían pedirles plata prestada a los bancos.

Lo primero, por el embargo que tenían encima por culpa del socio de su papá, un avivato tremendo, de esos que lamentablemente también abundan en estas tierras. De esos que ven en sacarle ventaja a los demás una cualidad, que siempre buscan la manera de entrapar, —digámoslo sin pelos en la lengua— de robar. Se metieron juntos en una finca cerca a Valdivia, mil cien reses en esa tierra tan buena para levantar ganado. Todo pintaba una belleza, hasta que comenzaron las dudas, las cuentas cojas, las reses que se morían, todo lo que puede salir mal en un negocio de ganado en compañía.

---

Un día, estando don Miguel aburridísimo, le llegó la oportunidad de hacer el cambalache de lo que tenía en esas lejanías por La Gurría, ahí mismo en el suroeste. Café, que era lo que a él más le había dado hasta el momento. No lo pensó dos veces, ni siquiera fue a ver la tierra. Aceptó. Ahí fue que vino el lío con el socio aquel, y la deuda que tenían amarrada a sus espaldas. Lo de los bancos porque se imaginaban yendo a pedir la plata a una de esas oficinas de encorbatados: que muestre alguna garantía de pago. Que no tengo, la finca es lo único que tenemos y está embargada. ¿Entonces cómo sabemos que sí nos van a pagar? Pues porque necesitamos plata para desembargarla y para conseguir la plata, necesitamos plata. Y así, en un círculo argumental sin fin. La conclusión, que casi tienen inscrita en una placa de mármol, es que: “Los bancos solo le prestan plata a la gente que tiene plata y no la necesita”. Un poco exagerado, pero decidieron hacer las cosas con menos rapidez, pero librándose de la carga de los intereses porque como dicen también por ahí: Uno trabaja de lunes a sábado y descansa el domingo, pero los intereses no paran, no descansan nunca.

---

# Capítulo IV

---

#### IV

—Yo le soy muy claro. Nosotros por ahora nos tenemos que quedar aquí en la finca. Tenemos una deuda por pagar y esta tierra es nuestra esperanza. Por eso no me puedo llevar a su hija para el pueblo, ni darle una vida de señora rica. Nos quedaríamos aquí, cerca de ustedes, en el campo —le dijo Gabriel muy francamente a su futuro suegro, mientras en la cocina hervía el agua de panela que la aludida en la conversación les estaba calentando junto a su mamá.

Ambas paraban oreja emocionadas. Durante esos tres meses, el hijo de don Miguel había estado yendo a visitarla sin falta. Pudieron hablar de cosas inocentes, siempre acompañados por alguien de la familia, sin tocarse, sin tutearse. Eran otros tiempos. Pero ese poco conocimiento fue suficiente para Gabriel y ese día se levantó temprano, se puso la camisa más elegante que tenía en la finca, un pantalón limpio y zapatos —no las botas de todos los días— y con un susto que no había tenido nunca, agarró a pie esquivando pantaneros y malos pasos para la casa de Don Francisco, su futuro suegro —si todo salía bien—. Cuando llegó, se limpió un poco los zapatos con el pañuelo y retiró de la bota del pantalón varios cadillos que se le habían pegado en el camino. Hizo llamar al papá de Nubia y le contó, sin rodeos, sus intenciones. El padre, que estaba sentado frente a ese impetuoso muchacho de 22 años, al que había visto trabajar incansablemente y codo a codo con todos durante los tres meses que llevaban de vecinos, apretó los puños y sintió la sangre subirle a las sienas. No era que el muchacho que tenía al frente no fuera bueno, o responsable. No era eso. Era que había llegado el momento de dejar ir a su hija y eso para ningún padre es fácil. Se quedó callado mucho tiempo, mirando fijamente la palmera de corozos que había al frente de su finca. En el momento en que su hija llegó con la bandeja con las tazas de agua de panela, sintió una tristeza honda, pero al verla mirar al muchacho, supo que oponerse era imposible. Esos dos estaban enamorados. Soltó los puños, su boca se relajó y vio en la palma dos racimos, uno de corozos verdes, que seguro permanecerían allí tranquilos un tiempo más, y otro de corozos maduros, listos para dejar el árbol que los sostenían. Se casaron ante el cura, y como todo el cuento vino a ocurrir durante la cosecha grande y había que pagarles a los trabajadores, no hubo plata para la luna de miel, solo alcanzaron a comprar una buena cama y el colchón. Nada más.

Veinticinco años después, habiendo pasado las verdes y las maduras, arrancaron juntos para San Andrés, a pagar esa deuda que se tenían, la de la luna de miel.

---

# Capítulo V

---

Miguel iba y venía. Sus pasos acelerados eran una melodía monótona que el perro aprovechó para conciliar el sueño sobre una cobija vieja y sucia a la entrada de la finca. Ya debería haber llegado, pensaba y seguía con las manos en los bolsillos, sin parar, de un extremo a otro del corredor con piso de madera. ¿Cuánto puede haber pues de aquí a Venecia, por Dios? Ni que viniera en bestia. Eh, ya debería estar aquí, definitivamente. ¿Será que paró en Concordia a comprar algo? ¿Perderé la ida si voy a ver si me lo encuentro? El perro se sobresaltó al oír los pasos detenerse solo por un instante y acelerar frenéticamente en su dirección. Un perro de finca debe estar siempre alerta. Sintió un olor familiar y abrió los ojos para ponerse en cuatro patas y correr: era su amo Gabriel. Aunque Miguel lo había visto antes, no alcanzó a llegar primero que el perro.

—¿Qué hubo mijo, cómo me le fue?

Mijo, que venía cansado del viaje, saludó al can separando del cuerpo el brazo derecho para proteger de la emoción del saludo un paquete que llevaba en la mano. Su papá también intentaba acercarse, pero los movimientos frenéticos y alegres del mejor amigo de La Gurría se lo impedían. Por fin, y mientras avanzaban hacia la casa, el peludo los dejó hablar.

—Aquí tengo la clave para poner a producir esta finca, papá —dijo tomando el paquete con las dos manos y elevándolo, como si fuera un cáliz.

Miguel sonrió, sabía que su hijo no era de exageraciones ni histrionismos. Si lo decía, por algo era. Llegaron al corredor y se sentaron en las sillas que siempre usaban para hablar frente a una mesita estilo art decó con la pintura descascarada y manchas de culos de vasos húmedos históricas. En esa mesa puso Gabriel el paquete y fue empelotando el papel que lo envolvía para dejar ver un sobrecito con semillas.



—Mirá, papá, estas semillas de café variedad Caturra son las que nos van a sacar adelante.

Lo primero fue hacer la almaciguera como le habían enseñado. Buen abono, tierra negra, y a una distancia de tanto, echar las semillas, agua. Después esperar a que salieran los brotes o “chapolas”. En el intermedio, mirar cómo recoger el café de los palos viejos de la finca, porque estaban en traviesa. Los cafetos, así fueran viejitos, algo daban, y ellos algo necesitaban recoger mientras prosperaban sus nuevas ideas. La decisión era clara, comenzaron a trabajar en ello: Dejaron libre el ganado en los cafetales y así iban fertilizando la tierra gratis, para la futura siembra y, al tiempo, tumbaban algunos palos con la torpeza de los cuerpos bovinos, evitando así trabajo cuando llegara el momento. Cada día, padre e hijo iban a darle vuelta al jardincito de Caturros. Cada día gozaban hablando de un brote nuevo, de una hoja de un verde más claro o más oscuro. Después tenían que ir a trabajar en la finca, el ganado, el café viejo. Pero siempre tenían en mente la almaciguera.

Se regó el chisme en la vereda, como es natural, porque estas tierras son escarpadas para subir en mula o en carro, pero planitas y como autopistas para el chisme.

—Y entonces, Gabriel ¿estás de jardinero? —Dijo uno vecino curioso que llegó a ver la almaciguera.

—Sí, hermano, aquí con esto. —Respondió él, serio y orgulloso.

—¿Y es cierto que lo tenés que fertilizar? —Siguió el vecino, dando vueltas alrededor de los palitos, que ya alcanzaban la altura adecuada para el trasplante.

---

—Claro, hay que fertilizarlo. Es un costo extra, pero es una variedad que produce mucho más que las otras, eso se paga.

El otro no dijo nada, pero en la cara se le notaba que no creía. Gabriel estaba distraído y no se dio cuenta de las expresiones incrédulas, pensaba en el momento del trasplante, que tenía planeado para el final de la semana. El perrito, sin embargo, sí pareció notar una energía extraña contra su amo y comenzó a gruñir dirigiendo su mirada al vecino, que, advertido, se despidió de Gabriel, de Miguel y de Nubia, que estaban en la casa, y se fue para la tiendita de la vereda a contarle a todos que La Gurría se iba a volver un sembrado de legumbres, porque esos palos no eran de café-café, eran unos palitos raquíticos. Todos en la tienda reían, pero también, en el fondo, se preguntaban si no tendrían razón los Mesa y se estaban montando en el bus que sí era antes que todos.

Y ese bus partió. Tres años después, tres años en que tuvieron que apretarse el cinturón al máximo, años largos, exprimiendo a fondo lo que esa finca les pudiera dar sin meterle un peso al café viejo, pagando las deudas, trabajadores y gastos de la finca, años en los que ya había nacido el primer hijo de Gabriel y esperaban el segundo.

---

# Capítulo VI

---



Pero la espera dio frutos, muchos. Esa primera cosecha, hermano, esa primera cosecha fue antológica. Esos palitos del Jardinero sí salieron buenos, si quiere que les diga. Gabriel, como es tradición y costumbre en las fincas de Antioquia, cuando hay que trabajar, es un trabajador más. El primer día que llamaron a todos los agregados de la finca para comenzar a recoger la cosecha de los palos nuevos, no fue la excepción. Se despertó temprano y se tomó dos tazas de agua de panela, carne, arroz, huevos revueltos y dos arepas blancas con queso. Necesitaba toda la energía posible. Desde esa hora, sintió que fue llegando la gente al beneficiadero a reunirse, esperando órdenes. Las herraduras de las mulas también se oyeron llegar, los ladridos de los perros, dándoles la bienvenida.

Era el momento que esperaron tanto y estaban ansiosos. Gabriel salió y los saludó efusivo. Quería hacer un discurso, decir algo bonito, pero los usos del campo no son esos, en el campo la poesía y la floritura son el trabajo duro y el disfrute del aire limpio y el canto de los pájaros o la guitarra rasgada con maestría en las noches de luna. Indicó por qué lado quería que comenzaran y mandó a traer otra mula de un vecino porque intuyó que no iban a dar abasto con las de la finca. Él, como siempre, tendría la labor de ayudante de arriero, o “sangrero” como muy drástica pero precisamente le dicen por esas tierras. Simple y ardua la tarea y desde que comenzaron con los Caturros, la cosa fue peor. En los cafetales, los recolectores llenaban sus cestillos de bejuco a una velocidad abrumadora, casi la mitad del tiempo que se tomaban con las variedades viejas. Entonces bajaban del cultivo a paso firme, cuidando no resbalar y ver desparramados los frutos que con tanta pericia escogieron, uno a uno de los cafetos.

Vale la pena hablar de esa operación, artesanía agrícola, filigrana hermosa, con la que los recolectores experimentados afrontan un racimo de café; como tejiendo un vestido hermoso, escogiendo solo los frutos maduros y dejando los verdes. Los dedos se mueven raudos, las manos se llenan de granos y después el cestillo, y los rebeldes granos sin madurar, quedan descubiertos, después de haber estado ocultos entre las cerezas rojas. Llegaban pues los recolectores a una velocidad que no los dejó tomar aliento en todo el día. Entonces ahí sí, Gabriel: pase el café a los bultos de fique, cuente o “kilée” lo que recoge cada recolector para después pagarles, y ayude a montar todo a las mulas. Ahí, el arriero es fundamental: Saber cómo tratar al animal, cómo balancear los pesos, cómo exigirlo sin reventarlo y que aguante un día de trabajo y no se detenga, “terco como mula”, y deje de trabajar. Iban y venían por los caminos, en ese tiempo estrechos, apenas abiertos para las mulas, y descargaban el café en la explanada frente al despulpadero. En su cabeza, Gabriel agradecía haber invertido en el secadero nuevo. Tanto café sí iba a necesitar las camas que decidieron hacer, aunque les hubiera costado una adición a la deuda. Ese era el único “pero” grave que tenía la finca cuando la compraron. No tenía secadero, porque, en medio de “La Violencia”, esa época compleja y nefasta que azotó el campo colombiano tantos años, se lo habían quemado.



El mismo vecino chismoso que les había contado a todos años antes lo de las matas pequeñas, fue a la tienda a contarles a los demás las noticias de La Gurría. Pues sí que salieron bien buenos los tales palitos. Son chiquitos pero dan el doble que cualquier pajarito. Fuera de eso es facilísimo recoger el café porque queda ahí mismo, al frente de uno. Por allá estuve ahora y no hacían sino llegar mulas cargadas al beneficiadero, qué cosa tan tremenda. Yo me cambio. Con eso les digo todo.

El mismo vecino chismoso que les había contado a todos años antes lo de las matas pequeñas, fue a la tienda a contarles a los demás las noticias de La Gurría. Pues sí que salieron bien buenos los tales palitos. Son chiquitos pero dan el doble que cualquier pajarito. Fuera de eso es facilísimo recoger el café porque queda ahí mismo, al frente de uno. Por allá estuve ahora y no hacían sino llegar mulas cargadas al beneficiadero, qué cosa tan tremenda. Yo me cambio. Con eso les digo todo.

Voy a ver si el banco agrario me presta aliguito para tumbar los palos de la finca, comprar ya mismo los tales Caturros y comenzar a sembrar. Todos los que, burleros, le decían el jardinero, fueron llegando en esos días como en un desfile de semana santa, a hablar con él.

---

Que si era verdad que había que fertilizar los Caturros, que cómo era que se sembraba, que a cuantos metros. Porque otra cosa que tenía el cafeto de La Gurría era que rendía por hectárea mucho más que las otras variedades. Gabriel, paciente y orgulloso, les contaba. Nunca ha sido de secretos, al contrario, sabe que si a todos les va bien, mejor. Pero no puede evitar que los demás no hagan caso, o corran a hacer las cosas mal por el afán de ver los palitos produciendo. Hace cuentas en la cabeza y no le dan. Si este señor va y compra los palos y no hace almaciguera, si fuera de eso para comprarlos le tiene que pedir prestado al banco y correr con intereses, si tiene que pagar trabajadores para que le tumben los palos viejos y le abonen la tierra... si todo eso, muy difícil que al hombre le dé algo ese café, por más Caturro que sea.

---

# Capítulo VII

---

## VII

Un par de años después, y gracias a las lluvias en Brasil, padre e hijo terminaron de pagar la deuda y estaban en el corredor de la finca viendo jugar a los niños en la manga del frente.

—¿A dólar? La libra a dólar, ¿verdad? —Preguntó Miguel. Los niños intentaban treparse en un arbolito de mandarinas mediano.

—Sí, a dólar. Al parecer la cosecha de Brasil se dañó toda. Se nos apareció la virgen, papá.

—Ah, qué tan bueno mijo. Yo estaba pensando... a pesar de que dijimos que mejor no pedir fiado nada, yo sí quería comprar una casa en Medellín que me están ofreciendo barata. ¿Qué opinás?

—Papá, y ¿cuánto vale la casa?

—Tanto.

—Ah, no papá, no se preocupe que no tiene que prestar.

Uno de los niños logra montarse de una de las primeras ramas y, en cuclillas, se ríe del otro que aún intenta subir.

—¿Cómo así que no hay que prestar?

—Como me oye papá, esa plata ya la tenemos recogida, quitando lo que necesitamos para los gastos de la finca el otro año, nos queda libre más o menos eso.

La cara de Miguel se iluminó. Él sabía que las cosas iban bien, pero no tenía el detalle de los números, como su hijo. Negociaba las cargas cuando le tocaba, “olía” los precios con calma y escogía los mejores porque no tenían la obligación de vender para pagarle al banco, sino que podían escoger el momento justo. Durante los siete meses que estaba en la finca por año, se encargaba también del ganado, hasta castraba los marranos. Pero lo que más contento lo tenía, incluso más que la finca o la noticia que le acababan de dar, eran ese par de niños que veían al frente haciendo monerías.

---

# Capítulo VIII

---

## VIII

Fue quizá la comida. Aunque en Estados Unidos se consigue harina para hacer arepas, panela, plátano, frijoles, hasta caldo Maggi, la comida no sabe igual. No es lo mismo un sancocho en Nueva Jersey, que un sancocho en Jericó. Quizá la dependencia del carro. Allá todo era lejos. O, quizá, como les ha pasado a tantos aventureros y viajeros que comparten con Gabriel el origen montañoso, lo que le hacía falta era simplemente eso: sus montañas. No se había devuelto antes por los muchachos. Los hijos sí se habían adaptado bien, eran más jóvenes y no tenían tantas taras, probablemente. Pero un día los reunió a todos y les dijo que él se devolvía. Que se iba para Medellín. En el fondo, sabía que el regreso era completo, era a la Gurría, pero no quiso alararlos más de la cuenta. Gabriel iba a reversar el sueño americano, y del país más desarrollado del mundo se iba a devolver a una vereda donde todo pasaba lento. Él iba detrás de su sueño montañoso. No fue fácil convencerlos, pero sus hijos saben que, si se le mete algo así en la cabeza, es difícil hacerlo cambiar de opinión. Era que lo veían, sí, a veces contento, pero el resto del tiempo como ausente. Nubia apoyaba sus ideas de regreso, extrañaba su familia y su tierra, también quería volver. Esa fue la gota que faltaba para desbordar el vaso. Tres meses después, estaban en un estadero del lado de la carretera que sube a Salgar tomándose café campesino. Un café con una adición que no se puede comprar en Starbucks, y no es la panela: es la vista desde la montaña hacia el Cauca, ese río que sinuoso se abre camino buscando el paso más corto hacia el mar. Como esas gotas de sudor que caían por su rostro la primera vez que vio La Gurría. Ese día, sería otra primera vez. La del regreso. Nada era como lo habían dejado. Entonces, recordó las razones del destierro y sintió rabia.



sobrevivía a todo eso.

Ya habían tratado con grupos armados antes. Durante la violencia y después. Los pájaros los habían perseguido. Más adelante las guerrillas comunistas que buscaban financiarse. El obstáculo más grande y complejo que ha tenido el campo colombiano ha sido, sin duda, el conflicto armado. Gente trabajadora, suelos fértiles, extensiones de tierra enormes, son recursos que han quedado en muchos casos inutilizados por culpa de un parásito que parece enquistado en la geografía, un mineral más de la tierra: la muerte, la violencia. Pero La Gurría

El día en que llegó ese trabajador nuevo, Miguel le advirtió que no le gustaba mucho que el hombre viniera de Dabeiba. Que en esa zona la guerrilla era muy fuerte y le daba miedo que el hombre tuviera que ver con esas cosas. Gabriel, apurado con una cosecha buena en la que necesitaron toda la ayuda posible y acostumbrado a tomar trabajadores que venían de aquí y allá, no tuvo tiempo de pensar a fondo las palabras de su papá. Desde el principio el hombre tuvo sus cosas: era de esos que buscaban siempre la manera de hacer menos, de trabajar hasta más temprano y desde más tarde, demorarse más para hacer menos viajes, y así. Un día simplemente se fue y no lo volvieron a ver hasta que les llegó el comunicado. Algo como que el ejército del pueblo le solicita el impuesto revolucionario al terrateniente latifundista Gabriel Mesa y lo cita a llevarlo a tal parte so pena de atenerse a las consecuencias, firma: Capeto. Capeto, el de Dabeiba, y Miguel ¿Viste? Y Gabriel, claro. Pero no nos la hacen, papá, dejá y verás. Sí fue a la cita, pero acompañado, armado y por la manigua, por caminos conocidos solo para baquianos expertos. El guerrillero era nuevo por allá y no sabía que había otras maneras de llegar al punto pactado y estaba esperando a Gabriel armado de una escopeta vieja, solo y distraído. El hijo de Don Miguel llegó sorprendiendo al bandido, lo desarmó y mirándolo a los ojos, le dijo que él no pagaba y que más bien se fuera lejos porque por allá los finqueros eran bravos y no se iban a dejar cobrar ningún impuesto ni nada parecido. El valiente guerrillero, desarmado, se volvió una mansa paloma. Se fue y no volvieron a saber de él por un tiempo.

---

# Capítulo IX

---

Pero supieron. Volvió acompañado de más bandidos. No era digamos un cabecilla del grupo armado, pero era parte de la estructura y lo habían mandado a tantear la región. Que quiénes por allá tenían plata, que cuáles eran los puntos estratégicos, que a cuáles empresas o finqueros se les podía cobrar el impuesto revolucionario. El hombre había pedido trabajo en La Gurría para hacerles inteligencia, sabía mucho de ellos y el episodio de su partida, no ayudaba. Un día, mientras volvían de un lote bien adentro en la finca, una cuadrilla de esos señores se les acercó. Estaban uniformados y todos llevaban al hombro fusiles rusos. Señores, el impuesto que les corresponde a ustedes es tanto. Venimos mañana por él. Aquí mismo nos vemos. Gabriel se devolvió pensativo y lo comentó con su papá. Al final, decidieron pagar. Eran muchos y bien armados. Ya la cosa no era como con Capeto. Pero desde ese día supieron que las cosas no iban a ser las mismas nunca. No les pedían préstamos a los bancos, para acabar pagando extorsiones. Ese primer pago fue doloroso, pero llegó un momento en que se volvió un gasto más. En Colombia la única forma de vivir es acostumbrándose a cosas que nadie se debería acostumbrar. Pero no se sabe exactamente qué pasó. Si llegó otro cabecilla o si la estructura central les pedía mejores “resultados”, pero comenzaron a cambiar las cosas, a tener un tono más sombrío los comunicados que les enviaban, a cobrar más seguido. Eran días en que el estado perdía la batalla contra los alzados en armas. Ya habían atacado varias veces al batallón del ejército y a la estación de policía y hasta a un comandante lo habían dado de baja. Esta vez Gabriel y su escopeta no tenían oportunidad alguna.

—Don, lo mandé a llamar porque le tengo una propuesta. Imagínese que el carro está varado hace quince días. Cosas de los repuestos, que no se han podido conseguir en Medellín, entonces tuve que mandar por ellos a Bogotá. El caso es que no tengo con qué pagar el arriendo este mes, señor. Me quedé sin el carrito y usted sabe que yo dependo de eso. Pero sí tengo algo que le puede servir. Una información de esas que, bien usada, puede salvar vidas. Don Gabriel, se lo digo porque yo sé que usted es buena gente, porque yo no lo he visto sino trabajar honestamente al lado de su gente y sé que les paga bien y ve por ellos... Lo que pasa señor es que a ustedes los quieren secuestrar.

Esas palabras salen del interior de su interlocutor, son aire a través de cuerdas bucales, de lengua, dientes y labios. Se esparcen en el aire, son ondas sonoras que adentran en el túnel del oído de Gabriel y son interpretadas por el complejo mecanismo lingüístico del cerebro que desenmaraña el mensaje y envía, sin dilación, un escalofrío potente al cuerpo. Un chorro de adrenalina. ¿Qué? Responde también con aire a través de su garganta, cuerdas vocales, lengua y labios.

—Yo lo que le iba a proponer era que no me cobre alquiler este mes, yo le digo el día y la hora en que los bandidos planean ir por usted. Yo ya sabré cómo averiguar, pero de una vez le digo, Don, lo mejor es que se vayan por un tiempo, porque esa gente los tiene entre ceja y ceja.

El día indicado por el arrendatario, un grupo de 10 comandos guerrilleros se mueve sigiloso en la oscuridad de una noche del campo. El que parece el jefe los guía a todos sin dudar, reconoció el terreno unos días antes. No podían permitirse fallar en esta operación. Se trata de un objetivo de alto valor, un latifundista, acaparador de la tierra y explotador del campesino. Además, un hombre con propiedades en el pueblo. Un cheque gordo, según lo que habían podido investigar. La verdad, es que los dueños de La Gurría habían tenido días buenos. La bonanza fue maravillosa, salieron de los problemas económicos y con maña y tino, se hicieron a propiedades en el pueblo que Gabriel iba reconstruyendo y volviendo habitables y agradables. Estaban tratando de diversificarse, porque los últimos años del café no habían sido buenos. No eran gente rica. Tampoco pobres. Pero en ese momento de la historia del país, secuestrable era el que trabajaba honestamente, el que había juntado cualquier cosita a punta de trabajo duro. Uno de los efectivos del comando pisó una rama seca y el jefe hizo la señal de detenerse con un puño. Lo último que querían era perder el elemento de sorpresa. Después de unos minutos quietos, dio la orden de volver al frente con una mirada de reprimenda fuerte a su grupo, quien fuera el culpable de pisar mal, se las vería con él después. Las luces de la casa estaban prácticamente apagadas, pero un par de bombillos cenicientos los iluminaron dividirse en dos grupos, uno rodeó la construcción desde atrás por el lado derecho y el otro por el izquierdo. El primer grupo entró, ahora sí ruidosamente al corredor de la finca, y pidió que salieran los dueños. Era

---

extraño, los perros no habían ladrado. Entraron violentamente a la casa, la registraron y la encontraron vacía. Un fuerte grito recordando la mamá prostituta de alguien rompió la tranquilidad de la noche sin luna.

---

# Capítulo X

---

Por eso habían tenido que salir de la zona, por eso les aconsejaron buscar futuro y nueva vida en los Estados Unidos. El parásito de la violencia ganó la batalla y el campo colombiano agonizaba. Pero cuando Gabriel volvió, renacía la esperanza. En esos días el ejército acompañaba a los viajeros en las carreteras, se habían recuperado grandes zonas del país, la gente volvía al campo con rezagos del miedo anterior, pero con un orgullo y una alegría profundos. Lo primero que hicieron fue limpiar la casa. Todo estaba en desorden, empolvado. Había telarañas en los techos y humedades, manchas que parecían mapas. Cogieron las goteras, arreglaron las tejas malas y las canoas. Limpiaron todo y lo volvieron a poner en su lugar, y cuando Gabriel se iba a sentar a disfrutar de su finca en el estado en que la recordaba, llegó el mayordomo al que habían dejado encargado de todo a rendir cuentas. Se murieron tantos animales, en la travesía del año pasado se recogió tanto, en la cosecha, tanto. Con la plata se hizo esto y esto. Un discurso que hacía con la voz insegura y sin mirar al patrón a la cara. Gabriel se limitó a oír. No había por qué discutir, lo hecho, hecho estaba, y aunque los números que le daba eran los más bajos y los rendimientos las más exiguos desde que comenzaron en la finca, él tenía claro que la cosa no iba a ir tan bien sin ellos. Ya lo dice la sabiduría popular: “El ojo del dueño engorda el ganado”.

A miles de kilómetros de La Gurría, en lo que antes fuera una plantación de café rozagante y hermosa, Joao Souza no puede sentirse más derrotado. Es el año 1975 y una helada polar decidió ubicarse encima del cielo que cubre el sur del país de la Samba. Cinco años antes, después de ver el mejor equipo de fútbol que ha tenido su país ganar la copa en México, Joao decidió sembrar café. De su abuelo heredó una tierra cerca de Itaúnas, en el Estado de Minas Gerais, que ni siquiera conocía. Vivía en la capital del departamento y era contador general de una compañía extranjera. Sentado viendo el cafetal destruido desde la pequeña casa que mandó a construir para cuando decidiera ir a visitar su plantación, pensaba que quizá fue el sentido patriótico que se elevó sobre todos los brasileros al ver ese lírico equipo de Pelé, Rivelino, Tostao, Jairzinho ganar el campeonato el que lo llevó a invertir sus ahorros en esas hectáreas arruinadas que tenía al frente. Tendrían que pasar otros cinco años para volver a producir y se había quedado si nada.

Gabriel y Miguel, en cambio, veían llegar el precio de la libra a 3,5 dólares. Nunca conocieron a los Joaos brasileros que sufrían por un fenómeno meteorológico inexplicable que heló incluso los suelos y las raíces de los cafetos de los cariocas. Y todo llegó en el mejor momento: los cafetos en plena producción habían abierto carretera para recoger la cosecha dentro de la finca, tenían listo el secadero, la despulpadora en seco, la finca estaba lista y la subida en el precio internacional fue un premio merecido para tantos años de sacrificios. Durante los casi cinco años que duró la bonanza consiguieron un capital para operar tranquilos. Que hay que comprar fertilizantes, comprémoslo antes de que se ponga caro, de contado, con descuento. Que carbón, vamos a conseguirlo a Amagá y así negociamos el precio con maña con los productores y nos lo traemos para la finca y no le tenemos que comprar a nadie. No dejaron caer la almaciguera de los primeros palitos de Caturro, al contrario, era cada vez más grande esa guardería agrícola, que les representaba un ahorro enorme con respecto a ir a comprar los arbolitos en cualquier parte y además les asegura que estén aclimatados y listos para el momento de la siembra. En fin, a pesar de estar en los mejores días para tener una finca cafetera en la historia del país, La Gurría se manejaba como una empresa, verificando los costos detodo en la cabeza matemática de Gabriel, anticipándose a los problemas y haciendo las cosas cuando se deben hacer: empezó a llover, abone, sin esperar subsidios o precios bajos de los insumos, no. Cuando es, es. Y tener liquidez les ha permitido eso y más: No venden cuando toca, sino cuando quieren. A muchos cafeteros les toca vender el café por debajo del costo para poder pagar una cuota del préstamo, vender mal. Miguel le dejó muy claro a Gabriel que “el precio hay que olerlo todo” y ellos, desde que superara el costo de producción que tenían siempre claro, iban vendiendo al mejor postor y recogiendo la liquidez necesaria. Pero aún más importante, diversificando el riesgo: las propiedades en el pueblo estaban todas alquiladas, algo de ganado, una casa en Medellín. Así, hasta cuando todo pasó, porque pasó y de qué manera. Llegaron los días difíciles. Mientras Joao ya estaba en la ciudad y trabajaba como contador independiente, había comprado una casa

pequeña con el dinero que obtuvo de vender la tierra cafetera estropeada y le iba bien, Gabriel y su papá ya no la veían tan fácil. Los precios volvieron a la “normalidad” y las plagas amenazaban las cosechas del país: había llegado el turno de la desgracia para el café colombiano, habían llegado la roya y la broca.

Viendo sus cafetales renovados porque tuvieron que dejar de sembrar la variedad Caturro — especialmente sensible a las plagas— y reemplazarla por Variedad Colombia, lo que había modificado el paisaje por segunda vez desde que tenían la finca, padre e hijo conversan de la familia y de los hijos, pero como casi siempre, terminan hablando de negocios. Gabriel le cuenta que estando en el Café de Concordia lo abordó el hijo mayor del alcalde y le ofreció comprarle la finca, así directo, le dio una cifra y le dijo que qué decía. Miguel oye sorprendido la cifra y calla. Espera que su hijo siga para ver hacia dónde va la historia.



—Papá, la cosa no pinta bien este año. No vamos a perder plata, pero lo que ganábamos antes no lo vamos a volver a ver. Vender ahora puede ser buen negocio.

Siguen caminando por un sendero estrecho. Miguel se estira y coge un par de naranjas maduras, le ofrece una a Gabriel y comienza a pelar la otra. El olor de la cáscara de la naranja, el fresco olor cítrico, llega a las narices de ambos.

—Mijo, esta tierrita nos lo ha dado todo. Si hay que vender, vendamos. Pero si se puede mantener, así no dé como antes... —no había terminado cuando su hijo completó.

—Quedémonos con ella, papá, sí. Quedémonos con La Gurría. A lo lejos, los gritos de los niños anunciaban que ya estaba el almuerzo y que debían volver. No hablaron más del tema, esa tierra era ya parte de ellos.

---

# Capítulo XI

---

Por eso al regreso de los Estados Unidos Gabriel se empeñó en poner de nuevo la finca donde la había dejado. Supuestamente él iba a manejarlo todo desde Medellín y solo iría a visitar, de vez en cuando, una vez al mes, digamos. Supuestamente. Porque no bien se bajó en la casa de la capital del departamento, Gabriel ya tenía los planes claros: volvería a La Gurría. Cuando llegó y vio el desastre, confirmó sus planes. No iba a dejar caer el trabajo de toda su vida. Todo fue muy lento. Vendió la volqueta, que en tiempos de bonanza habían comprado para recoger el café de las plantaciones. Sin su hijo Gabriel Jaime, que la manejaba y administraba, no tenía sentido tener ese vehículo tan grande. Además, se dieron cuenta de que la usaban para otras cosas o que reportaban dos tanqueadas en menos de dos días, cosas así, difíciles de rastrear y mortales para los presupuestos. Atrás quedaron los tiempos de las mulas y de su papel de ayudante de arriero.

La tecnología llegó y había que adoptarla como se adoptó en el comienzo la variedad Caturra, que prácticamente nadie tenía en el suroeste. Compró dos camionetas Toyota a las que les adaptó volcos de muy buena capacidad y con ellas tenía más flexibilidad y no perdía volumen de carga, porque iban y volvían de la plantación al beneficiadero más rápido. La reducción de personal en el proceso de arriería les permitió adoptar una práctica muy útil: apenas llegan las cerezas se despulpan. Antes no había quién lo hiciera y se acumulaba café para días de beneficio. Apenas la cáscara de la cereza va saliendo del proceso, cae al volco de la otra Toyota que, sin dilación, la lleva a las extensiones de tierra donde van a sembrar café nuevo, como abono. Así se aprovechan los desperdicios y fuera de eso se evita la fermentación de las pulpas, lo que antes generaba un olor muy fuerte y molesto. En algunas fincas, es necesario contratar una retroexcavadora para recoger la pulpa acumulada. La despulpada en sí se hace con un tornillo sin fin y en seco, para no gastar agua. En un momento dado, Corantioquia les exigió mejorar los procesos que involucraran aguas y Gabriel consultó con expertos para reducir al mínimo su impacto en las fuentes hídricas.

Fue así que, mientras se tomaban un par de tintos, un gran amigo ingeniero, el doctor Arturo Correa, le calculó y diseñó dos tanques desmieladores enormes con los filtros necesarios para que el agua devuelta a los ríos fuera apta para la vida. Después del despulpe y tras 36 horas, viene el lavado y la clasificación y ahí también pusieron motobombas para repartir el grano por las camas secadoras. Pero a pesar de las innovaciones, conservaban también a la rueda Pelton, que no se jubiló nunca, y las casas de las mayorías, que los cafeteros de la región tumbaron para dar paso a “los andariegos”, él las conservó. También las almacigueras, que además de garantizar que los cafetos nuevos estén aclimatados y se adapten mejor al terreno, representan un ahorro pequeño por planta con respecto a la compra. Un ahorro pequeño por unidad, pero que en miles, se vuelve muy representativo. Ese control de costos es fundamental para que, al final del año, las cuentas se inclinen hacia el lado verde y positivo, y pocas veces hacia el rojo y negativo. Cada vez más, La Gurría se parecía a una empresa agro industrial y menos a una simple finca.

---

# Capítulo XII

---

Domingo Coscué llegó a la zona cafetera en busca de trabajo una tarde lluviosa. Recorrió kilómetros desde su casa, en el departamento de Cauca. A pie, el primer tramo. En bus desde Popayán a Cali. De la capital de la caña, en bus hasta un puerto en el Cauca. Y de ahí a subir las montañas paisas en otro bus incómodo. Escogió Concordia al azar y La Gurría, porque casualmente lo montaron en una de las Toyotas para trabajar allá. Al llegar, Gabriel lo miró un poco más largo que a los demás trabajadores. Se diferenciaba de los otros “andariegos” por ser de baja estatura y por sus facciones que delataban su origen. Domingo había trabajado otras veces recogiendo café y sabía que entre más recogiera, más le pagaban. Él había hecho ese viaje para juntar algo de dinero y llevarlo al Cauca para pagar deudas y sostener a su familia unos meses. El primer día las cargaderas del canasto le tallaban en los hombros, pero subir las empinadas faldas donde estaba sembrado el café, identificar el grano maduro, seleccionarlo con destreza y estar de pie durante horas, no se le hacía difícil. En su tierra trabajaba desde los cuatro o cinco años igual de duro en otras tareas del campo. En la noche, usaba un telefonito celular para llamar a su familia y para alumbrar el camino al chinchorro que había colgado en una de las casas de agregados de la finca. Fue el día de pago que Gabriel se dio cuenta de lo buen trabajador que era ese personaje bajo de estatura y de pelo de erizo. Había recogido casi tanto café como el mejor de los recolectores de la finca. Conversó con él y descubrió en su rostro poco emotivo, una persona de buen humor y trato amable. La siguiente semana lo estuvo viendo. Comenzaba más temprano y terminaba más tarde que los demás. Un día, le pidió permiso para recoger hasta que se ocultara el sol, otro para trabajar el sábado, cosa que ninguno de sus trabajadores pedía nunca. Era tremendo, el tal Domingo.

En tiempo de cosecha, las plazas de los pueblos cafeteros comienzan a moverse desde antes de que salga el sol. Llegan, antes mucho más que ahora, hordas de trabajadores de todas partes del país a esperar ser escogidos, recogidos en volcos de camionetas o volquetas y llevados a los cultivos cargados de cerezas rojas. A estos personajes se les llama “andariegos”. Como siempre, cuando se junta tanta gente diversa, se encuentran personas buenas, regulares y malas. La mayoría son personas en búsqueda de oportunidades. Pero también hay oportunistas, mirando dónde hacer el daño. Drogadictos, trabajando para sostener cualquiera que sea su vicio. De todo. Gabriel ya había tenido malas experiencias con éstos últimos. Robos a los demás trabajadores, distribución y consumo de drogas, bajo rendimiento en el trabajo, violencia. Además, como lo había hablado con un amigo suyo finquero el otro día, cada vez llegaba menos gente y era muy difícil mantenerlos trabajando en una sola parte. Se escribían entre ellos y se iban para donde más les conviniera, para donde el finquero más desesperado, donde menos se trabaje y más se cobre. Estaban, el día que lo discutían, sentados en uno de los cafés del atrio de la iglesia y veían el grupo de trabajadores que había llegado ese día con preocupación. No vamos a alcanzar Gabriel. Con tan poquita gente, no nos va a dar para recoger todo. Hasta los hijos y yo nos estamos metiendo a los cultivos de sol a sol, pero no veo cómo vamos a poder cogerlo todo, sinceramente. Gabriel, hizo un gesto para llamar a la mesera y pedirle la cuenta y asintió, preocupado, a las palabras de su colega. Cada vez era más difícil conseguir mano de obra en cosecha. La juventud del campo se estaba volcando a las ciudades en búsqueda de oportunidades, el abandono en el que estuvo la zona rural colombiana durante los años de violencia había hecho muy poco atractivo todo para ellos. En la ciudad al menos podían tener acceso a servicios básicos de salud, a trabajo que ellos consideraban mejores. Para algunos de estos jóvenes, el trabajo de sus padres y abuelos no era una opción.

---

# Capítulo XIII

---

### XIII

—Entonces, Domingo, ¿cómo le acabó de ir con la cosecha? —Le preguntó Gabriel al caucano el día que iba a partir. Ya tenía con él una cercanía más cordial que con otros trabajadores.

—Bien, don Gabriel, algo recogí.

—¿Algo? ¿Le parece poquito lo que se lleva?, —le respondió el finquero con una sonrisa burlona, sumando rápidamente lo que él sabía que tenía el otro en la mochila.

—No, señor. Pero allá en el Cauca la cosa no está fácil y tenemos deudas, señor. Claro que me fue bien, seguro el otro año vuelvo. Es más, yo le tenía una pregunta: ¿será que el otro año puedo traer más gente? ¿puedo venir con la familia?

La pregunta lo tomó fuera de base, pero la respuesta surgió casi instintiva.

—Claro, Domingo, si son tan buenos trabajadores como usted, tráigalos, que se acomodan en las casas de la mayoría. Anote mi teléfono y me pega una llamada para yo guardar el suyo.

Así, sin buscarlo directamente, Gabriel solucionó el problema de la mano de obra y consiguió un amigo. El año siguiente Domingo fue a La Gurría directamente con un grupo de caucanos. Gabriel los acomodó en las casas. A los que venían con familia, separados de los que venían solos. Les arregló las casas con luz eléctrica, colchones, televisores, hasta “directiví”. Algunas mujeres se encargaban de cuidar todos los niños mientras las demás trabajaban también. Si había algún problema con uno de los caucanos, Gabriel se lo comentaba a Domingo y él se encargaba de manejar a su gente. Después de ese primer año ya la confianza era plena y, para los siguientes, era un grupo tan grande de caucanos que ya no necesitó “andariegos”. Negociaba una tarifa con ellos y así se iban toda la cosecha. Los demás finqueros, en cambio, tenían que pujar para que fueran a trabajar con ellos y no con otros, buscar personal desesperadamente, porque la cosa cada año viene siendo más crítica: No hay quién recoja las cosechas de café. Ellos, como tumbaron las mayorías o les dieron otro uso, no tenían la opción que sí tenían en La Gurría y que a lo largo de los años les ha permitido seguir siendo competitivos. Los caucanos son ya parte fundamental de la operación de la finca y Domingo un amigo más de Gabriel y de sus hijos. El resto del año, los agregados de la finca se encargaban de mantener la finca en orden y de recoger las cosechas pequeñas. Con ellos también han tenido siempre una relación muy buena, son todos juntos un engranaje que funciona como un reloj suizo, un reloj suizo cafetero.

---

# Capítulo XIV

---

A Juan Carlos, uno de los hijos de Gabriel que se había ido para Estados Unidos huyéndole a los bandidos, le llegó también la hora del sueño americano invertido. Unos años después del regreso de su papá a Colombia, y tras haber estado preocupado por él los primeros meses, fue evidente que las cosas estaban mejor en Colombia, que La Gurría volvía a su máximo esplendor y eso ejercía sobre él una especie de gravedad, de atracción montañera que no podía evitar así estuviera en la tierra de las oportunidades y de Mickey Mouse. Una noche, mientras subía la calefacción de la casa, miró por la ventana para ver la nieve recién caída. Era una escena tranquila, plácida acaso, pero sintió que no era suya. Esos árboles sin hojas, esa capa blanca iluminada por una lámpara de alumbrado público, ese carro cubierto hasta la mitad de las llantas por nieve, no eran suyos. En ese momento decidió volver. Llegó a Medellín y hubo fiesta, reunión familiar, sancocho, asado, tinto, naranjada Postobón y a los pocos días ya estaba en La Gurría con su papá. Al principio, le ayudó con cosas de la finca. A vender un café bien vendido, a negociar el carbón del año entrante. Pero después, se perfiló claramente para otro papel: el de administrador de las inversiones inmobiliarias de la familia. Que están vendiendo el café de la esquina de la calle de arriba; Juan Carlos iba, hacía un inventario y pensaba a quién tenía para que pudiera trabajar allá y tenerle el negocio bien tenido. Que un billar. Que una casa vieja para hacer cuatro apartamenticos. Algunas inversiones eran para él otras para todos los hermanos. Así se mueve hoy el hombre, un poco menos metido en la finca, pero haciendo un trabajo que para la empresa La Gurría es importante: manejar la diversificación de las inversiones familiares. Así, si un año las ganancias son bajas, por el lado de los otros negocios se recoge algo de utilidad.

Después de Juan Carlos, fue Gabriel Jaime. Quizá pasó por una situación similar a la de su hermano, un invierno deprimente o un verano insoportable. O se cansó de un trabajo monótono y decidió volver, el sí, para ser la mano derecha de su homónimo progenitor. Porque si aún se trabajara con mulas, Gabriel papá sería ayudante de arriería.

A pesar de tener ya más de 80 años, aun se despierta al amanecer a trabajar, ya a otro ritmo, porque como dicen “perro viejo late echado”, pero a trabajar bien duro. Él conoce todas las particularidades de sus cafetos, por ejemplo, cuándo se debe abonar. Mijo, yo veo que todo el mundo está abonando, pero para mí todavía no es hora. A pesar de que estamos en abril, no ha llovido, y es mejor abonar cuando caigan las primeras lluvias. Esperemos, mijo. Y esperaban, porque, aunque Gabriel Jaime estaba encima directamente de la administración, como lo estuvo su papá tantos años, lo que sabe el viejo es quizá uno de los activos más valiosos de la finca. El hijo se encarga de verificar siempre el costo en que les está saliendo cada carga para procurar vender siempre por encima de esa cifra. Como no tienen deudas, y el interés que trabaja los domingos cuando todos descansan no se les posa sobre la cabeza como un grupo de buitres, casi siempre lo pueden hacer. De hecho, mucha parte del café que producen, lo venden en la propia finca, no lo tienen que llevar al pueblo. Se los compran los revendedores a buen precio porque saben que el café de La Gurría es bueno y no tiene pasilla mezclada, como el de algunos finqueros avivatos. A esos les compraban una vez y nunca más, a los Gabrieles sí les compran todas varias veces, porque saben que es garantía de honradez y calidad. Además, porque se pueden pasar horas de conversa en los corredores amplios de la casa, siempre es animada la charla en esas tierras. El flujo de caja es otra cosa que se maneja con cuidado en la finca. Hay que tener plata para gastar, porque “la luz que va adelante es la que más alumbra”. Ellos, al contrario de muchos de los caficultores colombianos, intentan no depender de la Federación. Si llega una ayuda, si los visita un técnico y les indica cómo mejorar la productividad, si llega un subsidio, ellos los toman con toda la humildad y alegría. Pero nunca cuentan con nada. Así, cuando el abono está barato, ellos compran sabiendo que lo van a necesitar en unos meses. Otros caficultores esperan, el precio sube y muchas veces no llegan los subsidios o las ayudas de la Federación y les toca comprar caro. Es solo un ejemplo del control meticuloso de costos que se lleva en La Gurría. Todo debe estar medido y claro. Incluso la parte contable y de impuestos. Hace tiempos que no es una simple finca, sino una empresa Agrícola, con todas las de la ley.

---

# Capítulo *XV*

---

A lo lejos se ve ese muchacho cargando bultos. Su piel es blanca, es un poco más alto que los demás trabajadores. La ropa que tiene también es diferente, más nueva, los colores más vivos, menos sucia. Mientras los agregados de la finca van y vuelven, el muchacho solo va. Se ve que la pasa mal. Que la espalda le molesta, que el peso de los bultos es excesivo para él. Pero continúa. No le importa. Por primera vez lo tratan como a un hombre, no como a un adolescente problemático. Está codo a codo con personas que hacían que sus líos de timidez con las muchachas, o los encontronazos con su papá por la rebeldía y los malos resultados en el colegio, nimiedades. Estas personas, que trabajaban de sol a sol, con las manos cuarteadas y duras, que han lidiado con el hambre, con la impotencia de no tener educación o servicios apropiados de salud, son ahora su compañía y él deja de pensar en lo que antes lo preocupaba. Cuando llegó, con su mochila llena de parches de grupos de rock, sus botas de cuero negro y los bluyines rotos, desentonaban con el paisaje alegre y rústico de la finca. Pasados unos días se consiguió unas botas de caucho y unos bluyines básicos en el pueblo, para estar más cómodo. El primer y segundo días, la comida le parecía excesiva y muy “montañera”. Sudaos, yucas, tajadas de plátano y los infaltables frijoles. Después de trabajar todo un día en el campo, se come todo con alegría. En la noche, duerme sobre un colchón mucho más duro que el que tiene en la ciudad. Hace frío y las cobijas son pesadas, pero él duerme como cuando era un bebé. El cansancio de un día de labores y posiblemente lo pesado de la comida, lo noquean. Después de un mes, sus papás llegan a la finca en el mismo carro Renault en el que lo trajeron, se quedan todo el fin de semana y vuelven todos juntos, reconciliados, a Medellín.

Como ese joven, muchos otros de la familia han pasado las vacaciones del colegio o de la universidad, en La Gurría. Como él, en manos de Gabriel y de la finca, vuelven a lo básico, entienden que la vida es más amplia y más compleja que sus pequeñas preocupaciones ciudadinas: que se cayó el internet, que la vecina me vio en calzoncillos, que los amigos del colegio no me invitaron a la fiesta. El campo y el trabajo son maestros experimentados. También hace que se sienta una añoranza por La Tierra, así con mayúscula, la misma con la que comenzaba este escrito: las montañas, el ganado pastoreando, los grillos con su zumbido constante, el cafeto florecido, las dormilonas y los cadillos, los racimos de plátano en los corredores, el olor de la leche recién ordeñada, de la cereza del café descompuesta y la boñiga fresca de las bestias. Es hora de recorrer de regreso los caminos que nuestros abuelos recorrieron hace dos o tres generaciones buscando un futuro mejor para sus familias. La conectividad y el acceso de a la información están ahora democratizados y con una buena conexión a internet se puede acercarse al mundo desde el rincón más alejado. Es hora de rescatar la tierra, de traer ideas jóvenes y nuevas al campo, de asegurarnos por fin de que en Colombia comamos lo que cultivamos, que se pueda vivir dignamente en el campo, que el agro sea una alternativa. Pero una alternativa moderna, competitiva e innovadora, como por tantos años lo ha sido en La Gurría.